

de su fe, no tenía ningun horror á la muerte, no temía presentar su imágen á los reyes, al reves de los cortesanos que se la esconden con tanto cuidado. Decía pues á Sus Altezas: «Y cuando hayan terminado su carrera (porque todos somos mortales), dejarán sus reinos en la mayor tranquilidad, límpios de herejía y maldad, y serán bien recibidos delante del Eterno Criador (1).» Dejando correr su pluma con igual sencillez el Mensajero de la Providencia, rogaba á Dios por Sus Altezas, pedia «que se dignara concederles larga vida, gran aumento de reinos y principados, y que continuara dándoles la voluntad y las disposiciones para dilatar la santa religion cristiana (2).»

Despues anunciaba á los Reyes que aquel mismo día se había hecho á la vela; que iba en busca del oro. «Me despacho para partir el juéves, EN NOMBRE DE DIOS, é ir al Sudeste en busca del oro, de las especerías y de las tierras que faltan por descubrir (3).»

El Almirante salió del «Rio de los Mares» dirigiéndose, por indicacion de los indios, hacia la isla llamada Babeca, donde los indigenas decian por señas, que se recogía oro en la orilla, de noche, á la luz de antorchas. Por espacio de diez y ocho leguas siguió la costa sin querer acercarse á la misma. El día siguiente, mártes descubrió un cabo al que llamó el «Cabo Cuba.»

El 14 de noviembre, se desvió hacia el Este, yendo al descubrimiento de esa Babeca, cuyas piedras de oro no cesaban de ponderar los indios. Encontróse metido en un archipiélago enteramente nuevo, cuyas innumerables islas no podía abarcar la vista. Eran grandes, montañosas y sombreadas por magníficos árboles. La pureza de la atmósfera, la claridad del mar entrecortado por aquellas masas de verdor que parecían salir del agua, pasmaban á Colon. Á este mar tan ricamente sembrado de islas le llamó «Mar de Nuestra Señora.» La belleza de aquellas aguas le detenía; á pesar de su apremiante sed de oro, quería recorrer todas aquellas islas con los botes de las carabelas, que tenía ancladas en un excelente fondeadero de arena, y examinar aquel grupo cuya apariencia parecía prometer á lo ménos especerías y piedras preciosas.

El viérnes, 16 de noviembre, al salir Colon de su bote para tomar posesion de la primera de aquellas islas, en la forma consagrada por su piadosa costumbre, se divisaron, echados á lo largo en una elevacion del terreno, dos maderos muy grandes, uno más largo que otro, puesto el menor sobre el mayor, en forma de

(1) «Y despues de sus dias (que todos somos mortales) dejarán sus reinos en muy tranquilo estado, y límpios de herejía y maldad, y serán bien recibidos delante el Eterno Criador.»—*Mártés, 6 de noviembre.*

(2) «Y voluntad y disposicion para acrecentar la santa religion.»—*Idem, Ibidem.*

(3) «Y me despacho para partir el juéves en nombre de Dios e ir al Sueste á buscar del oro y especerías y descubrir la tierra.»—*Mártés, 6 de noviembre.*

Cruz, pero tan perfectamente, que un carpintero no hubiera podido hallar más exacta proporcion que la que tenían. Arrodillándose en seguida, dió gracias al Señor por aquella nueva bondad. Adoró aquella Cruz que se le había preparado providencialmente en aquella isla desconocida. Pareciale tambien que Dios no le abandonaba: quedaba consolado en lo íntimo de su corazon viendo prevenidos sus deseos en aquellos sitios desiertos y sin nombre. Despues de haber «adorado aquella Cruz,» formada por misteriosa casualidad, dió sus órdenes para que se terminara, fortificando la ensambladura de las piezas, y que se verificara la elevacion del sagrado signo el domingo próximo en un sitio de los más visibles y despoblado de árboles.

Miéntas tanto examinaba las producciones de la tierra. Hizo buscar por los marineros de la tripulacion aviculas perlieras, y se hallaron efectivamente muchísimas conchas de nácar, pero desprovistas de perlas. Pescáronse varios peces raros, entre otros uno duro, con hocico de puerco, cubierto totalmente de escamas, sin otras partes blandas que los ojos y la cola. El Almirante lo mandó salar para llevarse y presentarlo á la reina, aficionada á la Historia natural. En otra isla vió el día siguiente coris de conejos de India, langostas monstruosas y muchísimos pájaros. El fuerte olor de almizcle que se sentía en varios puntos, le hizo creer que allí había animales que lo producen.

El domingo, 18 de noviembre, partió el Almirante con su estado mayor y la mayoría de las tripulaciones, todos de gran gala, en las embarcaciones, para ir á enarbolar el signo de la Redencion. Aquella Cruz, muy alta y muy hermosa, se levantó en un punto muy elevado, y cuya vista no la ocultaban los árboles. Á la exaltacion de la Cruz acompañaron las preces de costumbre, y se consagró todo el día del domingo al descanso y á la oracion.

El lúnes, ántes de la salida del sol, los tres buques se hallaban ya mar adentro; pero, contrariados por la marejada y los vientos, no anduvieron mucho. El Almirante se apartó de la isla Isabel, de la que no distaba más que doce leguas, por temor de que á su vista no intentaran escaparse los indios de San Salvador, porque su isla natal no distaba de ésta más que ocho leguas. Por otra parte parecían muy satisfechos de su nuevo género de vida; comenzaban á entender algo el español, hacian la señal de la Cruz, se arrodillaban delante del Crucifijo (1), rezaban sus oraciones alzando los brazos al cielo, decian la *Salve* y el *Ave Maria* con cierto recogimiento, muy persuadidos de que acompañaban á hombres bajados del cielo para ir en busca del oro, y que les devolverían á su país, despues de haberlo hallado.

(1) «Y muy presto á cualquiera oracion que nos les digamos que digan y hacen el signal de la Cruz.»—*Lúnes, 12 de noviembre.*

Los días 20 y 21 de noviembre, se continuó la navegacion para ir hácia la isla Babeca, cuyos tesoros traian agitadas todas las imaginaciones.

Eso no obstante, en medio de las fatigas de esas pesquisas, no le faltaban al Almirante motivos de inquietud y descontento. Jamas se obedecian puntualmente sus órdenes en la *Pinta* y la *Niña*. Los dos capitanes se permitian observaciones mucho más inconvenientes todavía por su tono que por los términos en que estaban formuladas. Los tres hermanos Pinzon, sobre todo el mayor, no podían soportar la idea de que un extranjero, que, sin su ayuda no habría podido intentar la empresa, convertido de repente en gran Almirante y Virey, recogiera, en virtud de sus tratados con Castilla, gran parte de las riquezas de aquellas regiones. La envidia excitaba la ambicion de Martín Alonso. Un indio que iba á bordo de la *Pinta*, como intérprete, ponderó al capitan las magnificencias de Babeca, cuya ruta él pretendía saber, y al oirlo Martín Alonso, se separó de las otras dos embarcaciones, en la noche del 21 al 22 de noviembre. El cielo no obstante estaba despejado y hermoso; el viento flojo y fresco. Viendo el Almirante que la *Pinta* se alejaba, mandó encender un farol, que se dejó ardiendo hasta despues de amanecer; pero Martín Alonso no le hizo ningun caso, y continuó navegando hacia el Este, donde desapareció en la oscuridad del horizonte. Esta desercion affigió al Almirante.

La *Niña*, mandada por Yáñez Vicente Pinzon, permaneció fielmente en su puesto. Yáñez Vicente sentía pasion por el mar y la Hidrografia; poseía mejor que sus hermanos la teoría de la navegacion y la idea del deber. Su propia capacidad le permitía tambien apreciar mejor el talento de Colon.

El 23 de noviembre y el día siguiente continuando el Almirante su navegacion, se acercó á las costas de Cuba por «el mar de Nuestra Señora.» Reconoció varios cabos, descubrió puertos preciosos para la seguridad; y en una de sus excursiones á las playas, encontró piedras que contenían partículas de oro, y las recogió para enseñarlas á la reina. Encontró tambien abetos prodigiosamente altos y rectos, propios para la construccion naval. Allí escogió un palo y una antena para la *Niña*.

El 25 descubrió un puerto tan bueno que no había encontrado aún otro igual. Cien buques habrían tenido en él espacio suficiente, y hubieran podido permanecer sin anclas ni amarras. Estaba al abrigo de todos los vientos merced á unos montes cubiertos de árboles frutales y de otros propios para la construccion de buques. Colon declaraba con la efusion de la gratitud que hasta aquel día «Nuestro Señor había tenido á bien mostrarle siempre una cosa mejor que la precedente, y que había ido de bien á mejor en todos sus descubrimientos (1).»

(1) Las Casas, *Diario de Colon*, 25 noviembre.

El 26, descubrió el Almirante nuevos paisajes y otros puertos que eran la admiracion de sus oficiales.

El 27, á pesar de la perfecta serenidad del cielo y de la proximidad de cinco ó seis puertos admirables, tuvo el valor de no tomar tierra, para no retardar el cumplimiento de su objeto principal. Porque confesaba, dice Las Casas, que «se detenía siempre más de lo que quería, arrastrado por el deseo de contemplar y el placer de admirar la belleza y frescor de aquellos paisés, por donde quiera que en ellos se penetrara.» A fin de prevenirse contra si mismo, navegó de bolina toda la noche.

El día siguiente, costeano al Sudeste, entraron los buques en una bahia rodeada de tierras perfectamente labradas, formando una extensa llanura, entrecortada de eminencias cubiertas de verdor, y sembrada de caserios descubiertos por columnas de humo entre la espesa arboleda, cuyo fondo estaba limitado por colinas y elevadas montañas. El Almirante con su bote sondeó el puerto donde desaguaba por la parte del Sud, un río profundo, bastante ancho para el paso de una embarcacion de gran porte. Aquella embocadura, oculta por las ondulaciones del terreno, causaba un efecto sorprendente, que no podia disfrutarse sino acercándose á ella.

§ IV.

En aquella parte de Cuba tan cercana á las montañas, y bajo la plena influencia del Mediodía, la Creacion parece haber reunido sus mayores prodigios. Descubrense allí efectos de conjunto y bellezas de detalle que el lenguaje no puede describir. Cada accidente del terreno varía las decoraciones de una naturaleza ostentosa, hasta el punto de perturbar la imaginacion. Diríase que una fuerza interna impele hacia la superficie la asombrosa fecundidad de los gérmenes con que el Criador dotó al *humus*. La abundancia de la savia circula bajo todas las formas, se ostenta en montones de verdor encima del suelo que invade ocultándolo á la mirada del hombre. La vista no puede distinguir la tierra, por la multitud de productos vegetales que la alfombran, por entre los cuales se abren paso acá y acullá árboles gigantes, verdaderos obeliscos en medio de impenetrables matorrales, y dominan orgullosamente con su copa aquellas muchedumbres vegetales que, siempre verdes y lozanos, hormiguean debajo de su sombra.

Haces sujetos por bejucos, ramilletes de árboles diferentes, arbustos pintorescos se aislan ó agrupan segun su mayor robustez y lozania. Estipos adornados en la cima con magníficos penachos ó frescos abanicos, inclinan lánguidamente sus cabezas el uno hacia el otro, forman graciosos arcos y aparentan caricias ó amoro-

sas confidencias. Á sus piés multiplican sus lazos plantas parásitas, bejucos tortuosos trepan á lo léjos, ocultan el sol debajo de su tejido de flores, y descenden las vertientes como un alud de verdor. Bejucos trepadores que se desarrollan lozanos en las orillas de los torrentes, se entrelazan con sus tallos asiéndose en la escarpadura de las rocas, y parecen hundirse despues con sus aromas y bellezas en el fondo de los precipicios. Lo bello se une á lo terrible, y el abismo está oculto debajo de un lecho de flores. No hay duda que Colon vió en aquellos sitios reunidas á las plantas con las que estaba familiarizado especies todavía desconocidas, porque su contemplacion llegó de repente al apogeo de la admiracion humana.

Allí, bajo las anchas cintas de la palmera vinífera, crece el naranjo silvestre de frutas doradas. El quiebra, más fuerte que el hierro, el bñano que extiende sus hojas de tupida tela, la belonia de ramas cilindricas, el sebisto cargado de flores, el erital de bayas de color de pùrpura traspirando el olor del jazmín, el jugüey de raíces elásticas, el euforbio de brácteas color de escarlata, el chinchona, el copal de goma preciosa para medicina, la olorosa coniza, brotan al acaso entre los caimíteros de frutas de color violeta. El palmisto, el arrayán aromático, parecidos por sus hojas al limonero, el pimentero que forma broqueles, la cola de caballo, de forma de árbol, y que derrama su olor de vainilla, viven por casualidad en compañía de árboles sin nombre, dominados absolutamente por el gigantesco ceiba, verdadero monarca de aquellas soledades. Multitud de vegetales secundarios tienen también allí sus adornos y su utilidad. Por entre las enmarañadas cintas de bejucos que pasan de uno á otro árbol, y que de los troncos que yacen debajo las yerbas van á escalar las copas más altas, la anguina viajera, la paulinia alada encantan la vista, miéntras que la humilde escoparia cobija en su espesura los amores de las palomas, y la modesta auserina que respira ambrosia oculta aromas que exhala al morir bajo el pié que la aplasta sin haberla reparado.

En el mismo instante en que escribimos estas líneas posee todavía aquella afortunada region hechizos irresistibles para toda persona que siente. En sus diáfanos rios produce el agua reflejos maravillosos, y el mar que la rodea tiene seducciones sin igual. La serenidad de los cielos, el esplendor de la atmósfera, lo vivo de la luz, los animados tonos del paisaje, los suaves aromas del ambiente, comunican á los sentidos una vaga excitacion á la que sigue cierta delicia llena de encantos. Ese es el efecto de la influencia material. Pero si el pensamiento puede vislumbrar en este conjunto las huellas de la ciencia divina, distinguir las armonias y asombrosas combinaciones de la pródiga naturaleza, que sin la belleza de las flores, los cantos y galas de las aves y olores balsámicos, tendría bastante para perturbar la imaginacion, halla en aquellos sitios de tal manera desplegadas las fuerzas de la naturaleza, que al punto corresponde la grandeza de las emociones á la magnificencia del espectáculo.

Familiarizados como estamos hoy por trescientos años de experiencia con esas producciones entónces desconocidas, no comprendemos ya la viveza de impresiones que debian excitar tantos tipos, variedades y esencias diversas presentadas de repente á la reflexion. Lo poético y misterioso de lo desconocido se unia entónces al hechizo de la forma. Cristóbal Colon consideraba con santo rēspeto, mezclado de gratitud, aquella manifestacion enteramente nueva para la humanidad. Su contemplacion de las obras del Criador igualaba á los castos arrobamientos del primer amor; y en las emociones de esa virginal ternura, resumia las impresiones de la posteridad que estaba ya por él en posesion de esa opulenta herencia cuyo descubrimiento ignoraba todavía el mundo. Jamas hombre alguno experimentó esas puras alegrías del espíritu, que hicieron estremecer al primer contemplador de aquella obra de Dios puesta de manifiesto. La sublimidad del espectáculo enaltecia la cooperacion con que le habia honrado la Providencia, realizaba el carácter de su mision y le hacia superior á sí mismo.

Recorriendo Cristóbal Colon en un bote las orillas de aquel surgidero, descubrió á las doce del día aquel rio de encantadoras armonias, oculto como un secreto de belleza, en la parte Sud del puerto. Asombrado ante una hermosura tan indecible, casi espantado de tanta magnificencia, estaba desconsolado por no saber expresarla de ninguna manera. Escribia á los Reyes que por un momento creyó no tener jamas fuerza bastante para salir de sitio tan encantador, y añadia, como para justificarse:

«La amenidad de este rio, lo cristalino del agua que permite ver hasta la arena del fondo, la multitud de palmeras de diversas formas, las más altas y graciosas que he visto en mi vida, é infinidad de otros árboles altos y llenos de verdor; el canto de las aves, el frescor de los campos, Serenissimos Principes, dan á esta region tan maravillosa magnificencia, que excede en belleza y encanto á todas las demas, tanto como el día sobrepuja á la noche; lo que me hace decir con frecuencia á cuantos me rodean que cualesquiera que sean mis esfuerzos para enviar un informe completo á Vuestras Altezas, ni mi lengua podrá decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla. Cierto es que quedo confundido al aspecto de una belleza superior, de tal manera que no sé cómo expresarla. Porque les he escrito á Vuestras Altezas relativamente á las demas regiones respecto de sus árboles, frutos, yerbas, puertos y de todas sus cualidades, tanto como podía pero no como debia; pero tocante á esta tierra aseguran todos ser imposible que haya en el mundo otra region más bella. Ahora callo, deseando que la vean otros que gusten describirla. Comprendo además cuán poco podria yo considerar el mérito de semejante lugar, y la fortuna mejor que obtendria en la lengua ó pluma de algun otro (1).»

(1) «... Pero de esta todos afirman ser imposible que haia otra region mas bella. Aora callo deseando que la
TOMO I. 29

Colón contaba como uno de los mayores favores que Dios le había hecho la dicha de haber contemplado tantas cosas siempre más admirables una que otra. Daba también gracias á Aquél que le había escogido para la grande obra, por haberle conservado la salud; «porque, decía, gracias á Nuestro Señor, ni uno solo de los marineros de mi tripulación ha sentido hasta hoy el menor dolor de cabeza; ni uno solo ha guardado cama por causa de malestar, á no ser un marinero anciano que toda su vida había padecido de mal de piedra y que se sintió curado (1) después del segundo día de nuestra llegada á este país. Lo que digo del estado sanitario comprende á las tripulaciones de los tres buques (2).»

Antes de poder conocer ninguna de las producciones especiales, propias de aquel maravilloso suelo, concibe la importancia de su posesión y la expresa con estas breves palabras: «No escribo cuáles serán los beneficios que puedan sacarse de esta región; es cierto, Señores Príncipes, que donde se hallan semejantes tierras debe haber una multitud de cosas aprovechables... y más adelante se sabrán las ventajas que pueden procurar (3).»

Teniendo por intuición una idea clara de los infinitos recursos de aquella región, de su preeminencia sobre todas las demás, cuando ha contemplado Colón sus armonías, admirado su esplendor, ensalzado como poeta tanto como naturalista, y no ménos como naturalista que como marino la riqueza de su vegetación, la belleza de sus ríos y de sus puertos, asegura que por todo lo que ha descubierto, acaba de abrir nuevos caminos á las relaciones humanas, que la Cristiandad (4) sobre todo tendrá que establecer grandes comunicaciones con aquellas lejanas comarcas. Entregándose entonces á la efusión de su entusiasmo, ilustrado por Dios, atrevese á dar un consejo y en cierta manera un precepto á los reyes sus amos. Con libertad verdaderamente cristiana les declara que no deben permitir la permanencia de ningún extranjero en tan afortunado país, á no ser que esté fuera de toda duda la pureza de su fe; porque habiéndose hecho el Descubrimiento en nombre de Jesucristo, para la gloria del Redentor y la dilatación de la Iglesia, no es justo que la herejía é incredulidad disfruten de aquella conquista de la fe católica.

vean otros que quieran escribir de ella; pues conosco quan poco puede ser considerado por mi el mérito del lugar, y puede ser afortunado en la lengua ó pluma de otro.»—Fernando Colón, Vida del Almirante, cap. xxix.

(1) El hombre curado del mal de piedra nos recuerda que cierto comendador de Poincy, curado de la gota por su permanencia en la Martinica, había inspirado á Scarron el deseo de ensayar climas coloniales.—El duque de Noailles. *Historia de madame de Maintenon*, tom. I, cap. v, p. 162.

(2) «Porque loado Nuestro Señor, hasta hoy de toda mi gente no ha habido persona que le haya mal la cabeza ni estado en la cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra... Esto que digo es en todos tres navíos...»—*Martes, 27 de noviembre.*

(3) *Diario de Colón.*—*Martes, 27 noviembre 1492.*

(4) «Digo que terná la cristiandad negociacion en ellas, quanto mas la España á quien debe estar sujeto todo.»—*Ibidem.*



LOS REYES CATÓLICOS RECIBEN A COLÓN EN BARCELONA